

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Último mensaje a un joven

(Segunda epístola a Timoteo)

Es una carta que leemos con una emoción e interés muy especiales, al saber que fue escrita en una prisión de Roma por el amado apóstol Pablo. Sin duda es la última carta que tenemos de él, porque “el tiempo de (su) partida” estaba “cercano” (4:6). Había “acabado la carrera” (4:7). ¿Hacia quién se dirigiría su pensamiento? ¿Para quién serían sus últimas recomendaciones? Para un joven, Timoteo. Y por medio de Timoteo, el apóstol se dirige a cada uno de nosotros. Queridos amigos, lean esta carta o vuelvan a leerla como si Pablo se dirigiera a ustedes. Por medio de su siervo, Dios mismo quiere hablarles.

Los tiempos en que vivimos se parecen en muchos aspectos a los que conoció el apóstol. Había lágrimas derramadas (1:4), oprobio en el testimonio (1:8-12), almas que se desviaban (1:15; 4:10) o se apartaban de la verdad (2:17), codicias de las cuales había que huir (2:22), razonadores y opositores (2:25), hipócritas que sólo tenían la apariencia de piedad (3:5), hombres malos y engañadores (3:13; 4:14), falsos maestros que halagaban el oído de los que no soportaban más la sana enseñanza (4:3). ¿No son éstas también las características de los tiempos en que vivimos? Pues bien, escuchemos la enseñanza del apóstol Pablo.

Como Timoteo era todavía joven, corría el riesgo de tener un “espíritu de cobardía” (1:7) y de desanimarse en medio de tal estado de cosas. ¿Carecería de firmeza, de amor y sabiduría?

Desde el principio de su carta, Pablo parece decir a este joven, como el Maestro decía en otro tiempo a su discípulo Pedro: “Yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lucas 22:32). Aquí Pablo dice: “Doy gracias a Dios... de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones noche y día” (1:3). ¡Qué estímulo para Timoteo! En la cárcel, *el gran apóstol oraba por él*. Queridos amigos, cuántas oraciones han subido y suben todavía por ustedes ante el trono de Dios: padres, amigos, la asamblea... elevan urgentes oraciones a Dios por ustedes. ¡Qué aliento!

Pero esto no es todo. Se podría pensar que el apóstol, poniendo ante su hijo Timoteo las miserias y ruinas de las cuales hemos hablado, iba a decirle: Ten cuidado, es un tiempo de debilidad, de pequeñeces. ¡Pero no! Las debilidades estaban ahí, mas el poder de Dios también. Y este poder era el que el apóstol ponía ante Timoteo. Había lágrimas, pero Pablo se llenaba de gozo (1:4), cadenas, pero no vergüenza (1:16), reniegos por parte de los amigos, pero nunca del Señor (4:16-17). En el primer capítulo este anciano encadenado repite tres veces la palabra *¡poder!*

Es necesario que sintamos nuestra miseria y nuestra debilidad, pero no dudemos jamás del poder de Dios. Él siempre está ahí, a nuestra disposición. Querido amigo, si usted siente el desánimo (y a veces un poco de pereza), no busque como excusa la debilidad del testimonio de los cristianos. ¡Mire, *el poder de Dios siempre está ahí!* Pablo dijo: “Estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (1:12). Como Timoteo, cada uno de nosotros es llamado a ser un “buen soldado de Jesucristo” (2:3), un obrero que “no tiene de qué avergonzarse” (2:15).

Ahí está, pues, el recurso; sin embargo, el camino de la fe es un camino de ejercicios. Y la primera exhortación de Pablo fue para invitar a Timoteo a *separarse de todo lo que no era según Dios*: “Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida”

(2:4); “que no contiendan sobre palabras” (2:14). “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado” (2:15). “Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo” (2:19). “Huye también de las pasiones juveniles” (2:22), “desecha las cuestiones necias” (2:23). Estas son enseñanzas de primera importancia también para nosotros. En nuestra marcha colectiva debemos ser como un pueblo que habita solo, y que no es contado entre las naciones (Números 23:9 - V.M.). En nuestra marcha individual debemos llevar el carácter de una santa separación para Dios.

Cuanto más grande sea la mancha alrededor de nosotros, cuanto más aumente la confusión y el enemigo multiplique sus trampas, más necesidad tendremos que velar y estar vigilantes para poder llevar ese carácter con el poder de Dios. No digamos que esto fue más fácil antiguamente para nuestros antecesores en el testimonio. El poder de Dios sigue estando presente, siempre el mismo, infinito. ¿Cree usted que para Daniel y sus compañeros en la corte del rey de Babilonia les fue fácil ser fieles a Dios? No lo creo. Pero los jóvenes hebreos lo fueron en su tiempo y lo serían sin ninguna duda en el nuestro. (Léase Daniel 1).

Entonces, separados para él, podemos entrar a su servicio y ser ese buen soldado y ese obrero aprobado. Pero para ello *nos es necesario conocer su pensamiento y su voluntad*, los cuales nos son revelados en su Palabra, la cual es “útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir”, a fin de hacernos perfectos, enteramente preparados “para toda buena obra” (3:16-17). Por lo tanto, el apóstol exhortaba insistentemente a su discípulo como ya lo había hecho en su primera carta (4:13: “Ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza”). En el versículo 14 le mandó: “Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido”. En cuanto a la verdad divina, no hay que esperar ningún

desarrollo; ésta permanece inmutable. Timoteo había recibido la enseñanza directamente de boca del apóstol inspirado; nosotros tenemos que atenernos a lo que el mismo apóstol escribió. Pasemos cada doctrina por la criba de la Palabra de Dios.

En la habitación de un joven amigo estudiante leí, cierto día, este versículo: “Persiste tú en lo que has aprendido” (3:14). ¡Qué programa! Requiere un estado humilde y dependiente. Cuidémonos de la búsqueda de lo nuevo. Inquiramos cuáles son las sendas antiguas y andemos por ellas (Jeremías 6:16). No vayamos a espigar a otro campo (Rut 2:8), donde no se reconoce la plena autoridad del Señor Jesús. Correríamos el riesgo de llevar en nuestra ropa calabazas silvestres (es decir, doctrinas erróneas), hermosas de apariencia pero que sólo aportan la muerte (2 Reyes 4:39).

Así, pues, en medio de la ruina que aumenta, de las debilidades que van creciendo, no nos dejemos desanimar. Las fuentes divinas siguen siendo las mismas, infinitas. El brazo del Señor no se ha acortado. La Palabra y la oración permanecen como fuentes divinas inagotables para el tiempo de nuestra permanencia aquí en la tierra. *Separémonos de todo lo que lo deshonra y permanezcamos unidos al Señor de todo nuestro corazón* (Hechos 11:23).

E. A.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).